



EL TRIUNFO DE TRUMP
PRIMEROS INTERROGANTES

Claudio Lozano - Gustavo Lahoud

Noviembre 2016

Ante la confirmación de Trump como nuevo Presidente de los Estados Unidos, nos parece relevante comenzar a hilvanar algunos planteos que, en la presenta coyuntura, son más bien interrogantes que habilitan la apertura de un imprescindible debate, profundo y serio, sobre las implicancias de su triunfo no sólo para la población estadounidense sino para el resto del mundo.

En tal sentido, hay líneas de trabajo que remiten a la problemática del debate político, económico y social al interior de los Estados Unidos- conformado por un mosaico de intereses, valores y creencias muy diversos entre sí- y, por otro lado, al ámbito internacional, donde se descubren distintos niveles de análisis- desde el regional al global-, que están relacionados con el rol de superpotencia de Estados Unidos con intereses económicos, financieros, comerciales y geoestratégicos.

Respecto a las líneas de debate presentes en la campaña electoral, uno de los ejes más relevantes ha sido el intento de caracterizar o identificar líneas de ruptura social y económico en torno al funcionamiento mismo de la economía, el mundo del trabajo, la productividad y la situación relativa de los sectores económicos de las finanzas, los servicios y la industria. En efecto, nos preguntamos hasta qué punto la elección de Trump- caracterizado como un outsider de la política estadounidense-, encarnó un creciente malestar social de la población blanca de las regiones geográficas de los Estados Unidos vinculadas con el otrora floreciente mundo industrial, cuyo peso en la economía no ha cesado de debilitarse en las últimas décadas al compás de la reconfiguración de la economía del país y de los mismos ejes determinantes de su productividad. Asimismo, ese malestar, posiblemente canalizado a través del voto Trump, ¿implica la incipiente emergencia de una fractura política, social y económica, que intensifique la consolidación de una polarización política que el mismo sistema bipartidista no ha podido representar? En efecto, especialistas e investigadores sobre los Estados Unidos, como Morgenfeld, Burdman o Puricelli han abonado planteos en estas líneas de enfoque durante los meses de campaña electoral.

Por otro lado, la presencia de temáticas que van desde la seguridad pública y el sacrosanto derecho a portación de armas, pasando por las problemáticas del funcionamiento del sistema de salud, la educación y la innovación, hasta la cuestión de los inmigrantes y las políticas que los Estados Unidos debería darse al respecto y las cuestiones de género, han sugerido la existencia de importantes diferencias programáticas en las posiciones de Clinton y Trump; en este punto, nos preguntamos si la emergencia de posiciones de izquierda como la que encarnó el Senador Bernie Sanders en la campaña interna demócrata, no han implicado también el intento de un masivo sector juvenil de la población estadounidense de manifestar una posición más progresiva en el debate electoral , sobre la imperiosa necesidad de encarar cambios profundos que den cuenta de la situación de crisis, estancamiento de la economía y aumento de la desigualdad. ¿Cuánto de ese “descontento por izquierda” pudo ser capitalizado por Hillary Clinton? Y, simultáneamente a ello, estas nuevas inquietudes de participación política y social, ¿podrán materializarse en un reacomodamiento profundo del sistema político, que alumbré el nacimiento de nuevas posiciones y cosmovisiones desde los márgenes del sistema? Estas fuerzas, ¿podrían trastocar el sistema político bipartidista de manera estructural? A su vez, la problemática de la inmigración, ¿qué fibras y sectores sociales toca? ¿Qué implicancias podría tener en función de la estructura demográfica de los Estados Unidos y la activación política y social de las minorías y su participación en la vida político-institucional del país, que puede presumirse creciente, más aún si se tiene en cuenta el

constante aumento de la población latina y su mayor involucramiento? Y los sectores latinos, afroamericanos y asiáticos más postergados en términos de ingreso y posibilidades de empleo, entre los que están los más de once millones de inmigrantes en situación todavía irregular, ¿cómo se han expresado en estos comicios y qué tipo de percepciones han predominado entre ellos, en un ambiente político-electoral en el que lo que pareció escucharse, hasta el hartazgo, es la “agenda” de los hombres blancos anglosajones “enojados” con el sistema? A estos interrogantes, podríamos agregarles otros vinculados con la dinámica de los clivajes presentes en los territorios en los Estados Unidos y su vínculo con el tipo de voto. En efecto, dentro de los mismos estados, se han corroborado diferencias entre las zonas urbanas y rurales en lo que respecta a su apoyo a Clinton o Trump, y Estados considerados clave para el rumbo definitivo de las elecciones, como Florida, Carolina del Norte, Ohio o Iowa, se inclinaron en favor de Trump. En ese sentido, mucho se ha hablado del impacto crucial que tendrían los llamados “swing states”, es decir, un puñado de distritos en los que la puja era muy pareja y cuya definición marcaría la inclinación del fiel de la balanza para uno u otro candidato.

Por su parte, ambas candidaturas han expresado, con diversas modalidades y énfasis, una agenda revisionista sobre la naturaleza y alcances de los compromisos de los Estados Unidos en materia de libre comercio mundial, a tal punto que el balance social y económico sobre el NAFTA, y las posturas críticas sobre el denominado Acuerdo Transpacífico, han cruzado las perspectivas del mundo del trabajo y la necesidad de reorientar mecanismos de protección social a partir de las implicancias de los procesos de apertura comercial y financiera. Ahora, con Trump Presidente, ¿cómo podría materializarse esta agenda? O, dicho de otro modo, la “vuelta al proteccionismo”, o el pregonado intento revisionista, ¿qué implicancias reales tendría en términos de la afectación del balance de poder entre los grandes actores del poder económico en los Estados Unidos? Aquí pensamos en las finanzas de Wall Street, el complejo militar industrial, el polo tecnológico, comunicacional e informacional, los medios de comunicación y las grandes industrias extractivas como las petroleras en primer orden. En función de esta complejidad creciente, resultaría por lo menos imprudente enhebrar análisis simplistas que impliquen instalar ganadores y perdedores entre los sectores del poder real en los Estados Unidos, más aún si se toma nota del tono predominante en la campaña, plena de generalidades, trivialidades, golpes bajos y agresiones.

Estos últimos señalamientos, nos llevan al planteo de algunas líneas en el ámbito de lo internacional y lo regional, con particular incidencia en América Latina.

En lo que respecta al sistema internacional, nos preguntamos qué implicancias podría tener el triunfo de Trump sobre la autopercepción de los Estados Unidos como actor dominante, con juego geoestratégico de alcance mundial, en un escenario de alta conflictividad caracterizado por la afirmación de la voluntad de poder de China y Rusia, entre los principales actores mundiales. En tal sentido, ¿puede pensarse en Trump como el revival de una postura neoaislacionista en un contexto de alta volatilidad y conflicto? O, por el contrario, la agenda Trump en el orden mundial podría explicitar el fin de “sueño de la unipolaridad” estadounidense que emergió luego del fin de la guerra fría hace casi tres décadas? Precisamente, la cuestión rusa, el conflicto en Siria, la problemática del terrorismo- ISIS mediante- y la situación de alta conflictividad y guerra en Medio Oriente, han conformado un combo temático que ha tenido fuerte presencia en los debates de campaña. Y el asunto Rusia y el despliegue estratégico de la OTAN en Europa del Este con los ecos de la

reunificación de Crimea al territorio ruso y la crisis ucrania, expresan líneas de tensión difíciles de encauzar y prever en el escenario actual. Ante ello, Trump ha expresado la intención de encarar una nueva etapa en el vínculo con Rusia, al tiempo que Hillary Clinton ocupó una cuota importante de su agenda internacional en “denunciar” el rol desafiante y conflictivo de Putin en el gran tablero euroasiático. Sin dudas, con pocas certezas a cuestas, es un teatro de operaciones que hay que seguir con persistencia en el futuro. En todo este juego geoestratégico, aparece también la situación de China y su voluntad de autoafirmación soberana en el Mar del Sur de China y en toda el área del Pacífico, con movimientos permanentes de actores en función de posicionamientos que responden a lógicas de control y acceso a recursos vitales.

Ahora, en simultáneo a estas lógicas cruzadas por los reposicionamientos geopolíticos y económicos, tanto en Europa como en Estados Unidos, se consolidan movimientos de derecha de diverso tipo y naturaleza, que intentan imponer lecturas “revolucionarias” en términos de una crítica radical a la globalización de la economía, el comercio y las finanzas. En efecto, esta ola “antiliberal y conservadora”, dista de ser un fenómeno uniforme temporal y geográficamente, pero se expresa en la emergencia de agendas que reivindican, de un modo u otro, la autoafirmación nacional contra el avance de cosmopolitismos vistos como disolventes y expulsores de vastos sectores de la población. En tal sentido, resultará fundamental observar- en los Estados Unidos- la magnitud y naturaleza de la heterogeneidad de estos espacios políticos- entre reaccionarios, conservadores y “anti-sistema”- alimentados por el “miedo a lo diferente”, para intentar descubrir hasta dónde la llegada de Trump puede o no ser un vehículo propicio para este tipo de ideologías.

Por su parte, la región latinoamericana, si bien no ha estado muy presente en los debates presidenciales, configura un escenario de acción directa de los Estados Unidos en términos de sus intereses permanentes. En este sentido, el panorama de acercamiento y apertura con Cuba, aparece como una herencia más o menos auspiciosa de Obama, aunque enmarcada en una estrategia de política exterior que se ha cimentado en la expansión de la agenda comercial y financiera de la apertura, de la mano de la difusión de los acuerdos continentales de libre comercio. Asimismo, la Administración Obama no ha dejado de manifestar animosidad creciente contra los procesos políticos de la región que intentaron implementar estrategias más o menos autónomas- desde Venezuela, Ecuador y Bolivia hasta Argentina, pasando por Brasil-, mientras que bajo sus dos períodos se sucedieron, entre otras, las crisis de Honduras en 2009 y la de Paraguay en 2012, con sendas destituciones de los presidentes Zelaya y Lugo, respectivamente. Por ende, ante la llegada de Trump, parece impostergable, por parte de la región latinoamericana, una revisión del estado del vínculo hemisférico bajo la era Obama, que ha dejado más oscuros que claros, mientras que resulta pertinente preguntarnos si la nueva era Trump podría significar un ajuste en términos de prioridades, un continuidad con énfasis en la agenda comercial aperturista, o un cambio vinculado a la preeminencia de las agendas de seguridad, con juegos de presiones más o menos evidentes leídas en clave “imperial” por parte de los Estados Unidos. O, tal vez, una combinación de distintas estrategias. Resulta muy difícil, hoy, brindar respuestas certeras.

En definitiva, con pocas respuestas y muchas preguntas a cuestas, la elección de Trump nos desafía a salir de lugares comunes, de ciertos patrones analíticos vinculados con las respuestas “cómodas” que hay que dar, para enfrentar el insondable panorama de la incertidumbre que, en estos planos,

suele ser una gran orientadora para un nuevo aprendizaje surcado por líneas de interrogantes que es fundamental poner sobre la mesa.

Y, si parece que hubiera algo así como un “lugar” a mirar en esta época de fragilidad, inestabilidad e incertidumbre, que se reactualiza permanentemente al compás de cada crisis- desde el Brexit, pasando por el proceso de paz en Colombia y llegando a la elección en los Estados Unidos-, deberíamos enfocarnos en el complejo escenario de los grandes medios de comunicación y de las empresas que “auscultan” la opinión pública, ya que las herramientas para “mirar” y examinar lo que nos pasa, parecen ser ya insuficientes, al tiempo que la “infalibilidad” de la influencia de los medios de comunicación se puede rastrear, hoy, como un “mito” digno de mejores épocas.